

joa, en cuya población se reconcentró la pequeña fuerza del Gobierno, destacando una avanzada sobre el enemigo, con el cual se tiroteó el día 30 en el punto llamado Torocoba.

El Prefecto de Alamos, bajo las instrucciones del Gobierno y con el fin de defender á todo trance á Navojoa, reforzó la guarnición de este pueblo y se preparó á la defensa, sin disponer un ataque decisivo sobre los indios para evitar derramamiento de sangre, con la esperanza de que sin llegar á ese extremo depusieran aquellos su actitud hostil.

Esta situación se prolongó por los meses de Agosto y Septiembre: los sublevados, acampando unas veces cerca de Navojoa y retirándose otras, se sostuvieron armados, llegando á formar un grupo como de 200 hombres. Las fuerzas de aquel pueblo se mantenían á la defensiva, destacando algunas avanzadas para conocer los movimientos del enemigo: una de éstas se encontró el 20 de Agosto con los indios, y en el tiroteo que hubo murieron un indio y el soldado Espiridión Félix.

Después de este suceso hubo una tregua, durante la cual los Mayos no se hacían sentir más que por sus robos en los ranchos inmediatos. En Octubre una partida de ellos robó algunas reses en el Rancho de Babójori, á seis leguas de Navojoa: los vaqueros salieron á perseguirlos, los alcanzaron y los derrotaron, matando á uno de los indios; los derrotados se vengaron asesinando á Ramón Soto, á quien encontraron en el campo.

El poco apoyo que en el mismo río encontraron esta vez los insurrectos, el no haberlos auxiliado el cabecilla Cajeme, y el haber mandado el General Carbó reforzar con 100 hombres la guarnición de Navojoa, hizo que al fin los Mayos depusieran las armas, solicitando por medio de unos comisionados la paz ante el Prefecto de Alamos.

Se ha visto que Cajeme, á quien el Gobierno de Sonora cometió la imprudencia de nombrar Capitán General de los Ríos Yaqui y Mayo, figura en la sublevación de 1875 capitaneando á los rebeldes: tanto por dar la explicación de este y otros hechos, cuanto por ser el referido Capitán uno de los caciques más astutos y uno de los caudillos más notables de aquellas tribus, me parece oportuno publicar la biografía del Jefe indio, escrita en 1887 por el Sr. Ramón Corral y tomada del periódico oficial del Estado de Sonora.

He utilizado en esta obra muchos datos recogidos por el Sr. Corral durante los períodos en que desempeñó, ya el cargo de Secretario de Gobierno, ya el de Gobernador de aquel Estado, y durante los cuales tuvo la oportunidad de tomarlos directamente de los partes oficiales.

Hay en Sonora la creencia de que Cajeme asistió al sitio de Querétaro, combatiendo á favor de la causa republicana; pero me había sido imposible convencerme de la veracidad de tal aserto, hasta que el señor General Bernardo Reyes, actual Ministro de la Guerra, me ha dicho que Cajeme concurrió al asalto de aquella plaza y que él mismo le vió combatir en las filas del ejército liberal.

## CAJEME

El cabecilla Yaqui, dice el Sr. Corral en dicha biografía, el terrible Cajeme, cuyo nombre resuena hace dos años en toda la República, acaba de ser aprehendido por el Gral. Angel Martínez, Jefe de la Zona Militar, en San José de Guaymas.

Este guerrero indio, que nos hace recordar á los héroes legendarios de la época de Xicotencatl, célebre en Sonora desde hace doce años por la dominación que ha sabido ejercer sobre las tribus Yaqui y Mayo, manteniéndolas independientes, ha adquirido proporciones colosales extendiendo su fama por todo el país, durante la última guerra que aquellas razas belicosas han sostenido con las fuerzas del Ejército Nacional.

Y en verdad que esa fama es bien merecida. La lucha ha sido prolongada y terrible, y durante ella Cajeme ha dado pruebas no solamente de un valor que nadie se atreve á negarle, sino también de una constancia y una firmeza á prueba de infortunios, herencia de su raza indomable.

Yo lo he visto en su prisión en Guaymas, en el mismo alojamiento del General Martínez, quien tiene la noble generosidad de guardar al vencido toda clase de consideraciones. De él mismo he recogido los datos que me sirven para escribir estos apuntes, y si he de ser justo, debo confesar que, á juzgar por lo que sabemos en Sonora de la vida de este indio, y que él mismo me ha repetido con la mayor ingenuidad, todos los antecedentes que voy á consignar tienen el mérito de la exactitud.

José María Leyva Cajeme nació en Hermosillo en el año de 1837. Sus padres fueron Francisco Leyva y Juana Pérez, Yaquis de raza pura. El primero originario del pueblo de Huirivis y la segunda de Potam.

Los primeros años su vida los pasó nuestro héroe en el pueblo de Ráun, sumido en esa profunda ignorancia y en esa obscuridad que son comunes á los desheredados de su tribu. El único incidente que turbó la monotonía de aquella vida fué un viaje á California en 1849. Francisco Leyva, acompañado de su hijo, dejó su querida tierra del Yaqui y formó parte de una de aquellas memorables expediciones que se lanzaban como una avalancha en pos de los fabulosos placeres de oro que, como una creación de la lámpara de Aladín, habían brotado en los entonces desiertos de California.

Nuestro héroe tenía apenas doce años y aún se acuerda de una vez en que la codicia de los americanos obligó á un grupo de mexicanos á defender su metal, arma en mano, como sucedía muy á menudo en aquella agrupación de aventureros que no tenía más dios que el oro, ni

más ley que la fuerza. Al lado de su padre empuñó Leyva el fusil, hasta que una transacción entre americanos y mexicanos hizo deponer las armas.

Después de mucho tiempo de penalidades y trabajos, consumiendo en las necesidades más imperiosas de la vida todo el oro arrancado á la tierra con afanes sin cuento, rendidos de cansancio y perdida la esperanza de hacer fortuna, Fernando Leyva y su hijo emprendieron la vuelta á su hogar, como otros muchos, con el desaliento en el alma y con unas cuantas migajas de oro en el bolsillo.

Los padres de Cajeme no eran de esos indios sin aspiraciones y embrutecidos que encierran toda su ambición en la necesidad bestial de satisfacer el hambre: habían vivido entre los blancos y comprendían las ventajas de la civilización; la madre aún vive, la conozco y me consta que además de ser una mujer que está muy lejos de merecer el nombre de salvaje, reúne á una inteligencia clara, aunque inculta, una energía increíble en una mujer de setenta años.

La cultura embrionaria de los padres y las dotes que veían ó adivinaban en su hijo, los impelió á mandarlo á Guaymas á la escuela, poniéndolo bajo el cuidado del Prefecto D. Cayetano Navarro.

De los 16 á los 18 años estuvo el joven José María cursando las aulas y logró aprender á leer y escribir y las primeras nociones de la aritmética.

En aquella época fué cuando recibió su bautismo en la guerra. Conocido nos es el heroico episodio del 13 de Julio, en que fué derrotado el filibustero Conde de Raousset Boulbon. Cajeme dejó el libro elemental para empuñar el fusil y tomó parte en la memorable jornada como soldado del batallón «Urbanos.»

Los escasos conocimientos adquiridos en la escuela y aquel episodio despertaron en el joven indio otras ambiciones. Quiso conocer el mundo y se apoderó de él ese deseo de viajar y de vivir por sí mismo que siempre se desarrolla en ciertas organizaciones, y sin permiso de sus padres se lanzó en busca de aventuras, como un nuevo Gil Blas. Llegó á Tepic, y la necesidad de buscarse la vida y de aprender algo útil que le sirviera para continuar sus viajes lo llevó al taller de un herrero, en donde aprendía ese duro oficio, cuando nuestras continuas revoluciones de aquella época lo hicieron de nuevo empuñar el fusil: fué cogido de leva á fines de 1857 y filiado en el batallón «Fijo de San Blas».

Rudo por demás le pareció el oficio al joven recluta y desertó á los tres meses, yendo á refugiarse al mineral de Montaje, al pie de la Sierra de Acaponeta, en donde conoció al señor D. Ramón Corona, que fué después uno de los jefes más notables de nuestro ejército y que entonces desempeñaba el empleo de administrador de una negociación minera; pero tampoco allí permaneció largo tiempo y emprendió un viaje á Mazatlán.

En Acapaneta fué aprehendido por sospechoso y sólo consiguió ser puesto en libertad por influjo del mismo Corona y continuó su marcha hasta el puerto mencionado.

Corría el año de 1858. La guerra de Reforma se extendía encarnizada por toda la República. El General Yáñez se había pronunciado en Mazatlán en favor de los reaccionarios y ocupaba la plaza, en ausencia de aquel jefe, el General Espejo.

Don Pablo Lagarma, con algunos batallones de la guarnición reaccionaria de Mazatlán, se declaró por la restauración constitucional y sitiaba al puerto, y el Gral. D. Santos Degollado había ocupado á Guadalajara después de un mes de sitio. En estas circunstancias Corona y algunos patriotas se pronunciaron en Acaponeta en favor de la Constitución de 1857 y nuestro joven Cajeme se decidió á seguir aquella causa y se presentó como soldado en las fuerzas de Lagarma.

Poco después pasó á un batallón de Sonora compuesto de Pimas, Ópatas y Yaquis y con-



CAJEME

currió al combate de los Mimbres, en que las fuerzas liberales al mando de Coronado derrotaron al General reaccionario Inguanzo, que había salido de Mazatlán.

El Gral. Pesqueira, Gobernador de Sonora, jefe de las fuerzas que operaban sobre aquel puerto, después de algún tiempo de permanencia en Cosalá, renovó el sitio y el 3 de Abril de 1859 tomó la plaza á viva fuerza. El cuerpo á que pertenecía Cajeme se distinguió en aquel hecho de armas, arrojándose á la bayoneta sobre los fortines del enemigo.

Después de la toma de Mazatlán, el Gobernador Pesqueira, con una parte de sus fuerzas, regresó á Guaymas en el vapor *Santa Cruz*. Cajeme venía allí y en este puerto fué dado de baja.

A la sazón se encontraban alzados los indios Yaquis y el Gobierno del Estado mantenía en el Médano una pequeña guarnición para contenerlos. Cajeme se presentó voluntariamente al jefe de aquella fuerza para combatir á los rebeldes y prestó allí sus servicios hasta que el destacamento se retiró á Guaymas por no poder resistir al gran número de sublevados.

En aquella época memorable, las revoluciones eran en Sonora el pan de cada día, y á su regreso de Sinaloa Pesqueira halló levantado en armas el partido andarista, viéndose precisado á emprender nuevas luchas. Cajeme sirvió en sus fuerzas como cabo de artillería, hasta que restablecida un tanto la paz, fué dado de baja.

Viene luego un período de varios años, en que nuestro héroe vivió con esa vida obscura y pacífica de los indios medio civilizados que habitan nuestras poblaciones, sin que ningún incidente turbara la monotonía de aquella existencia, hasta que en 1867, con motivo de un serio alzamiento de los Yaquis, se abrió una nueva campaña sobre ellos, con fuerzas que el Gobierno del Estado puso á las órdenes del Coronel D. Próspero Salazar Bustamante. Cajeme formó parte de esas fuerzas como jefe de una guerrilla de caballería.

Aquella campaña fué una de las más sangrientas de las que se han emprendido sobre los Yaquis, y Cajeme tomó parte en ella en contra de los de su raza. Su conocimiento del terreno y de las costumbres de los indios lo pusieron en aptitud de prestar importantes servicios en aquella guerra. Desde fines de 1867 hasta Junio de 1868 duró aquella lucha en el Río Yaqui, lucha fecunda en combates y desastres para los indios, que fueron perseguidos con verdadero encarnizamiento. Los servicios que durante ella prestó Cajeme lo hicieron ascender á Capitán y se le dió el mando de una compañía de 100 hombres.

En 1873 se pronunció en Alamos Carlos Conant, proclamando la Constitución reformada en 1872 y después de algunos incidentes que no es de este lugar mencionar, perdida la esperanza en el triunfo, se refugió en el territorio de Chihuahua atravesando la Sierra Madre. El Gobierno del Estado había puesto algunas fuerzas en persecución de los pronunciados, entre otras, 400 hombres al mando del Coronel Salazar Bustamante, á quien se le incorporó Cajeme, en su marcha para Alamos, con seis hombres que había podido reunir. Salazar siguió á los restos de Conant hasta la Villa de Chinipas, en territorio de Chihuahua, y Cajeme tomó parte en aquella expedición como Capitán de caballería á las órdenes de Jesús Amavisca.

Terminada esa campaña, nuestro héroe fué enviado á Cócorit con algunos indios que habían servido en ella, con la comisión de darlos de baja en aquel pueblo.

En 1874, después de vencer la revolución de Conant, durante la cual Cajeme militó en las fuerzas del Gobierno, dándole pruebas de adhesión, fué nombrado Alcalde mayor del Yaqui con el fin de mantener pacífica aquella tribu por medio de la influencia de un jefe de la misma raza, que por sus dotes pudiera dominarla á la vez que seguir adicto al Gobierno que le proporcionaba el mando del Río. Pero el Gobierno no contaba al hacer este cálculo, con la tendencia perdurable de los indios á conservarse independientes y no previó que la adhesión de Cajeme tenía que ser vencida por esa tendencia y por las sugerencias de la tribu entera que ha-

bían de impulsar á Cajame á rebelarse con los suyos, convirtiéndose en un enemigo peligroso.

Así sucedió en efecto, y desde los primeros meses de 1875, con motivo de la fuerte oposición que se levantó en el Estado contra la Administración Pesqueira, los Yaquis, encabezados por Cajame, comenzaron á dar muestras de una próxima insurrección y á fines del año estaban abiertamente rebeldes y se reunían en masas considerables amenazando desbordarse sobre el resto del Estado, en momentos en que el Gobierno de Don José J. Pesqueira luchaba sin descanso contra la revolución que acaudilló Don Francisco Serna.

Tales eran los temores que inspiraba el Yaqui, que aun dejando encendida la tea revolucionaria, el Gobernador Pesqueira se resolvió á emprender personalmente la campaña sobre el Río y el 26 de Noviembre marchó de Guaymas con 500 hombres y una batería.

El 19 de Diciembre llegó á la Pitahaya y se apoderó de las lagunas que hay en aquel punto, único lugar en que se encuentra agua antes de llegar al Yaqui. Cajame, que había salido de Tórim en la madrugada de aquel mismo día á la cabeza de 1,500 indios, llegó á la Pitahaya un poco después que las fuerzas del Gobierno, y no pudiendo posesionarse del agua, se situó á poca distancia hacia las cordilleras del Bacatete. Antes de romper las hostilidades, Pesqueira hizo algunas proposiciones á Cajame, con la mira de someterlo sin necesidad de combatir; pero éste, lejos de aceptar aquel medio, hizo regresar al parlamentario con esta respuesta: Diga usted al Gobernador Pesqueira que no me someto y que lo espero para el combate; rasgo de hidalguía no común en estos tiempos, y menos en los indios.

Cajame fué derrotado después de una lucha sangrienta en que sufrió una pérdida de 60 muertos y gran número de heridos y durante la cual los Yaquis dieron pruebas de gran valor arrojándose á pecho descubierto sobre la artillería que los barría con sus descargas.

Esta derrota no fué mas que el principio de la guerra y Pesqueira avanzó hasta el centro del territorio sublevado persiguiendo á los indios, que se defendían en pequeños grupos en los bosques, sin pensar jamás en rendirse. La revolución Sernista, tomando grandes creces en el Estado, obligó á Pesqueira á retirarse del Río sin haber conseguido la sumisión de los sublevados, que quedaron orgullosos con su resistencia.

Desde entonces permaneció el Yaqui, sin interrupción, substraído á la obediencia del Gobierno y Cajame, habiendo conquistado allí grande prestigio por la retirada de las fuerzas, entró de lleno en el goce de un poderío que se propuso conservar por medio de un sistema administrativo. Organizó los pueblos con sus gobernadores, alcaldes y temastianes, funcionarios estos últimos de suma importancia entre los indios y que tienen á su cargo el cuidado de las iglesias y de los santos y la administración del culto religioso.

Para las resoluciones de importancia que afectaran los intereses comunes de la tribu, estableció el sistema de asambleas populares que se reunían por mandato del mismo Cajame cada vez que creía necesario consultarles algún asunto: estas asambleas se componían de todos los indios en general, no tenían lugar fijo para verificarse; el jefe, por medio de los gobernadores de los pueblos, los convocaba determinando el lugar de reunión; el cacique exponía el negocio de que deberían tratar y se sujetaba á la resolución de la multitud.

La administración de justicia estaba en cada pueblo en manos de los alcaldes y gobernadores, y éstos últimos, los capitanes y los generales, entendían en todo lo relativo á la guerra.

Esta organización imperfecta, sin leyes precisas que limitaran y detallaran las facultades de cada funcionario, daba naturalmente lugar á que el jefe supremo invadiera cada vez que quería, las atribuciones de todos, resultando de allí que su poder no tenía más limitación que la voluntad de los que llamaban *Los ocho pueblos*, expresada en las asambleas.

No descuidó Cajame la organización de la hacienda: estableció un impuesto á las lanchas

que hacían el comercio entre el Puerto de Guaymas y el Médano, por la desembocadura del río; cobraba derechos de pasaje á los que traficaban por tierra, y vendía á los especuladores la sal que hacía extraer de los magníficos criaderos que hay en aquel litoral.

Además de esto, hacía que cada pueblo destinara por cierto tiempo un número de indios para que sembraran y cosecharan maíz y frijol en beneficio del jefe de la tribu: este servicio era igualmente exigido en el Yaqui y en el Mayo y los pueblos tenían que mantener por su cuenta á los trabajadores.

Otro de los ramos de ingreso era el rescate que exigía á los dueños de ganados que robaban los indios en los ranchos inmediatos y que algunas veces eran devueltos á los que se atrevían á ir á reclamarlos previo el pago de una cantidad que el mismo Cajame señalaba.

Para adquirir elementos de guerra, se despojaba á los viajeros de sus armas; se recogían las de los desertores del ejército, que siempre encontraban allí un refugio seguro; se exigía un corto número de cartuchos á cada patrón de las lanchas que iban de Guaymas, y poco á poco sin hacerse notar, se compraba parque en las poblaciones más inmediatas por medio de los indios que constantemente salían del Río y volvían á él sin ningún obstáculo.

Con el fin de poner en acción el esfuerzo de todos, estableció Cajame que cada gobernador de un pueblo tuviera la obligación de tener prontos para la guerra, armados y equipados cierto número de hombres, y los gobernadores, á su vez, distribuían esa obligación entre los Capitanes y éstos entre la masa común de los indios.

Con esta organización, que á grandes rasgos he procurado trazar, Cajame afianzó su dominación, la extendió hasta el Río Mayo, en donde tenía un lugarteniente que ejecutaba sus órdenes á todo trance, y adoptó para sí el título de Capitán general de los Ríos Yaqui y Mayo.

En los primeros tiempos tuvo un Teniente general, que lo fué Loreto Molina; pero en breve se disgustó con él y lo obligó á salir huyendo del Río.

Durante la época de su cacicazgo, se levantaron en el Yaqui diversas oposiciones contra Cajame, pero siempre dominó á los que se atrevieron á pretender sobreponérsele: una vez se formó una conspiración para hacer un levantamiento en su contra y matarlo: la descubrió á tiempo y mandó fusilar á los que la encabezaban.

En otra ocasión, un indio de alguna influencia llamado Yorigelipe, padre de varios guerreros y dueño de algunos bienes, pretendió perder á Cajame en el ánimo de la tribu aprovechando, para conseguirlo, una cuestión relativa á las salinas, la cual le ofrecía una coyuntura para dar á sus pretensiones el carácter de interés general en favor de los indios; pero Cajame supo eludir el golpe reuniendo una asamblea en la que, dando cuenta de su conducta, tomó la espada, símbolo del mando, la puso en tierra y dijo que renunciaba el cargo de Capitán general y deseaba que se le confiara á su mismo enemigo Yorigelipe. Los indios vacilaron un momento, pero al fin prorrumpieron en aclamaciones en favor de Cajame, le confirmaron el mando y confiscaron los bienes de Yorigelipe, á quien, además, hicieron salir del Río.

De esta manera, sometiéndose en apariencia á la voluntad general y alardeando de que sólo desempeñaba el cargo de Capitán general, por obsequiar los deseos de la tribu, para beneficio de ella y aun en contra de su propia tranquilidad y de sus intereses, Cajame afianzaba su dominio y lo hacía cada vez más absoluto. Otro de sus medios eficaces era halagar en los indios el sentimiento de la independencia, que es en ellos tan profundo.

Efectivamente, Cajame los había salvado del sacrificio de someterse á la obediencia del Gobierno en la campaña de fines de 1875 y principios de 1876, los conservaba independientes de la dominación de los blancos, con su gobierno y sus autoridades propias, y les juraba morir en defensa de aquella situación y de la integridad de sus terrenos y esto constituía el mejor título para conservar su prestigio. Agregábase á eso su conocimiento de las tribus, su astucia